

Cómo leer el espacio

Paulina Díaz Barriga Martínez*

En la época del nuevo milenio, donde los departamentos son utilizados como espacio dormitorio, las distancias se duplican debido al tráfico y los habitantes de las grandes ciudades sufren de diarias presiones, es necesario reflexionar sobre el espíritu colectivo, es decir, el aire que habitamos, forjado con la unión de dos elementos: palabras e imágenes. De esta mezcla están contruidos los espacios comunicativos, sus límites, sus tránsitos, sus interiores, su gente, sus actividades y sus objetos.

El espacio íntimo individual es el mundo de cada cabeza, hecho de la memoria que coloca a los objetos en la geografía interna del individuo. Cuando se habla de la cartografía de un ser, se sabe que se trata de una metáfora en la que se describen objetos y espacios con palabras. En el interior individual hay sobre todo imágenes; la interioridad es la misma arquitectura, el mismo aire que el de fuera, sólo que hecho con otro material, en lugar de piedras y voces, hay imágenes, con éstas se levantan muros, se cavan bajezas, se distribuyen los lugares y

se fabrican los objetos, es decir, las ideas y los sentimientos. La comunicación que se lleva a cabo interiormente esta compuesta de imágenes auditivas del lenguaje, táctiles de las sensaciones, quínestésicas de los mareos, musicales de los sonidos, pero sobre todo, de figuras visuales.

La expresión de este espacio íntimo se encuentra en la casa habitación, en todos los sitios que se extienden detrás de las puertas al final de los corredores, escaleras arriba; donde el cuerpo y el lugar son equivalentes, no es dentro ni fuera, es el mismo lugar donde existe un vaciar y un vaciarse.

En este rincón del mundo, diferentes dinamis-mos como la integración para los pasatiempos, los recuerdos y los sueños del hombre, el pasado, el presente y el porvenir, dan continuidad a la casa —no recuerdo cuántos metros medía mi cuarto, deja que te lea, que te platique del rechinar de la madera, de lo tibio del ambiente, del cerrojo de la puerta, del color de las paredes, un ideal de casa enterrada en la tierra con techos de teja y el cuarto de triques—. La casa de hoy

es vertical, apretada una con otra, no tiene raíces. Desde la acera hasta el techo, los cuartos se amontonan y el toldo de un cielo ciñe la ciudad entera —y he de vivir allí y he de soñar en mi choza de infancia, colocarla en el centro de la casa como punto de fuerza, creando así el espectáculo del cuarto familiar donde escuche, en el silencio de la velada, los ruidos como sonidos, y descubra el sentido de otra comunicación. Me pregunto qué características debe tener el cuarto familiar para regresar a la casa de mi niñez, cómo recordar esos momentos de mamá y papá en ese departamento de 40 metros cuadrados—, la respuesta está en el color, que sea cálido, sencillo, difuso, el color en



Además de los cimientos, la casa debe tener raíces familiares.

*Licenciada en Comunicaciones. Profesora de la ESIA Tecamachalco.

El aroma de nuestra casa debe oler o nosotros, a nuestras actividades, costumbres y hasta a nuestra comida.

las paredes, en los muebles y en los pisos, debe combinar, expresar y comunicar. Si la temperatura del espacio es fría se deben utilizar colores cálidos, si el espacio es caluroso entonces se tendrán que usar colores fríos, lo que ayudará a encontrar la intimidad del espacio. La luz que entra por la ventana es el ojo de la casa, la vela, vigila y espera bajo el círculo de la luz que proyecta la lámpara, encontramos la redondez, descubrimos la intimidad, sólo por su luz, la casa es humana. El olor es importante, a través del olfato percibimos sensaciones que se traducen en imágenes y recuerdos que derramamos en la vida, el cuarto también vive de olores que inventamos. El aroma de nuestra casa debe oler a nosotros, a nuestras actividades, costumbres y hasta a nuestra comida. A falta de chimenea, la estufa, las velas, la lana, los cojines y aquello que produzca calor tendrá que ser parte del salón familiar, y es entonces cuando el cuarto cuadrado empieza a cobrar nuevas dimensiones.

—Y tenemos calor, es un cuarto donde nuestros recuerdos más personales pueden habitar. Es un salón familiar donde se controlan todos los espacios de la casa, la mirada alcanza las entradas, las habitaciones y la salida como una luz vigilante de la calle—.

Lo que guarda activamente la casa, lo que une el pasado más próximo al porvenir más cercano, lo

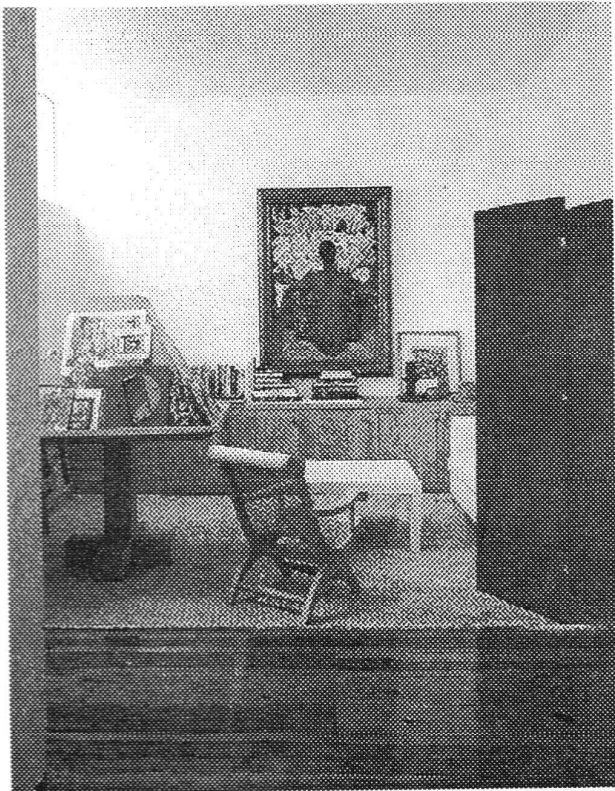
que la mantiene la seguridad de ser, es la acción doméstica, creativa, con plena conciencia de las actividades cotidianas de la limpieza y el orden del espacio habitable. Cuando se lustra un mueble, aumenta su propia dignidad. Cada mañana, al ir de un objeto al otro, los cuidados caseros tejen lazos que unen el ayer con el nuevo día, se dice que el ama de casa despierta los muebles dormidos —se cree que se puede ir más a fondo, que se puede sentir

como un ser humano se entrega a las cosas y se apropia de ellas perfeccionando su belleza. Tocamos aquí la paradoja de la "inicialidad" del acto habitual. Los cuidados caseros devuelven a la casa no tanto su originalidad como su origen—. La imagen de una casa (basada en un cuarto familiar) cuidada, ordenada, es más que el paisaje, es un estado del alma.

El orden se encuentra en los cajones, los cofres y los armarios. Imágenes en secreto, objetos de intimidad pero a la vez familiares, espacios que no se muestran a cualquiera, donde la armonía es un reino que protege a toda la casa. El ser humano tendrá un determinado número de espacios de acuerdo a sus actividades, es decir, que los cajones son conceptos que sirven para clasificar los conocimientos, cada concepto tiene su cajón en el mueble de las categorías "dime qué guardas y te diré quién eres".

Orden, luz y calor, suman vida en una casa. Casa alegre, nido vigoroso, reposo, tranquilidad. El hogar es el sitio adonde se vuelve, signo de retorno que lucha junto con los sueños de ausencias y resuena en un íntimo componente de fidelidad. Casa-nido de toques sencillos y delicados, umbral acogedor, tela tupida de fraternidad. Casa construida por el cuerpo y la contemplación del espíritu. El arquitecto debe saber esto, tiene que reconocer que construye para seres vivos forjados de imágenes y sueños, él es el único capaz de dar vida a sus edificaciones, una casa no es tal hasta que alguien abre la puerta y entra en ella. El arquitecto sólo conseguirá lugares para vivir mediante la transformación de la materia física, es "esparcirse en el espacio", la arquitectura no es una máquina de vivir, ni un símbolo natural o independiente, es un proceso permanente de reinterpretación creativa, sensible y racional que forma parte de nuestro habitar.

El arquitecto tiene que leer el espacio y el tiempo para conocer el lugar, debe de interpretar las sensaciones para relacionar al hombre con su medio ambiente, esta lógica marca siempre la medida bajo la cual la humanidad es capaz de representarse a sí misma e



La luz y el color son algunos de los factores que componen "un hogar".

Bibliografía:

Fernández Chriestileb, Pablo. *El espíritu de la calle*. Editorial UAG. México.
Bachelar, Gastón. *La poética del espacio*. Editorial FCF. México: 1998.
Fotografías del libro *Luis Barragán* de Editores Noriega.